
MAÑANA ESTAS CALLES TENDRÁN OTROS NOMBRES

ÓSCAR ESCOBAR CASTAÑEDA



Óscar Escobar Castañeda

**MAÑANA ESTAS CALLES
TENDRÁN OTROS
NOMBRES**



Sé que las leerás con tu sonrisa
llena de sol y de lluvias,
porque vos lees más allá de las palabras,
que es donde se encuentra el verdadero texto.

1

Echaron abajo la casa de los abuelos
y apenas es marzo en el calendario,
no existen ya colibríes
ni osos de anteojos sonoros conteniendo el bosque,
han caído los pórticos donde brotaba la noche
y los fantasmas que llegaron por mar
embarcan sus oscuras naves.

La ciudad bosteza en el umbral del martillo,
ya nada puede salvarse ni merece ser salvado
en la hora rutinaria y violenta,
estallan álamos y cemento,
viejas sibilas abandonan estas ruinas ante el pánico y el asco
dejando muertas voces en su cárcel de ladrillos.

A través de hierros y escombros
sobreviven los limosneros a la resaca del derrumbe,
entre botellas empolvadas de tanto beberse la luz
escupen luciérnagas a los peatones;
son aves nocturnas que escaparon a la ceniza
y al día.

Mi padre dijo en alguna ocasión
que antes de servir el pan ofrendaban su cólera a Dios,

que sólo la ira se multiplica en la mesa
y no los peces,
en esa oración colérica vivían esos dioses muertos
sembrados entre ruinas y las negras lápidas
que inundan la ciudad.

Un día volverá a existir esa ciudad en la hora de todos.
Cada muro y escalón derruido,
esas puertas inmóviles y aquellos viejos invasores,
o los trámites y las rutas a ninguna parte:
la ciudad tiende a repetirse;
estaremos sentados en la misma mesa reprochando el
hambre y el olvido,
volverá la algarabía y el simulacro
celebraremos con júbilo el carnaval y la batalla cotidiana,
sólo los muertos quedarán fijos en el tiempo
como las violetas que nacen en la tumba de mi padre.

En la ciudad de mi padre se agitaba la esperanza,
como dije,
eso era la ciudad de mi padre.

Decidí preparar un manjar de arañas
comida para mis trescientas almas, para aprender a hacer
redes, admirable trabajo
del que trabaja para esperar,
como yo
cuando me siento
en los rincones de la suerte
a contar bichos encostrados en mis tejidos:
1, 2, 3, 25, 43...
Me reinvento.
Me conjuro.
Me secreto.
Me ritual
para volver pulsante
a fosforecer de versos
la saliva vieja
un nuevo poema
que reviente el camino de los ecos.

Sin pretender abrir la puerta a la típica historia:
antes del amor no existía nada.

Los mares ocultaban la rabia y el engaño,
sus sales eran mezclas extrañas de lujuria
y todos respiraban tranquilos por la noche.

Había en aquella época
esculturas de fuego en mi garaje
inhalandos mi tedio y mi mentira.

Crecía dentro de mí la angustia de la estatua
y la urgencia giraba mi revólver con la alarma
paciente de las aguas que hospedan a sus bestias.

La quietud se mecía sobre las superficies
ahuyentando la vida y sus polímeros. El mar era llanura
de ausencia sobre miedo. En el báltico oculto estaba
el ámbar agitando las aguas buscando los remedios.

Aquel día la luz lamió la noche
plegándola más tiempo de la cuenta. El agua consintió
y la resina aderezó sus células con la euforia del roce.

De pronto las gotas fueron seres de fuego ondulatorio
encima de las sábanas del viento, en el cóncavo espacio
que separa dos cuerpos perfumando los muros
con prisa de novatos. Corrosiva su piel petrificada.

Esta resina en mi mano reconoce
el origen de la contradicción:

nació entonces la sed
dentro del agua.

Decir estas palabras
que en otras horas no diría
en éste hervidero de pasiones sin sosiego sosegadas
hasta calmar la sed y el ansia de las voces interiores,
y que no se acabe nunca este certero balbuceo,
este dictado interminable de versos cósmicos.

El reloj de arena que desvanece
los/mis insomnios, arden
en plenitud violeta
las llamas iracundas,
florece, otra estación
que crece escondida,
a manos del otoño.

Detrás de todo hay algo más, hay vacío,
habitado por el mundo detrás del mundo,
revelaciones del caos, tejer con los otros hilos,
nacer del otro nacimiento, poder ver las partículas
del olvido involuntario,
escuchar las voces otras,
las vibraciones fundamentales,
y adivinar, en las altas horas del tiempo perdido
una sombra que cruza los mundos.

Yo siempre dejé un espacio para el aire
cuando las paredes parecían estallar de miedo,

cuando el aliento envenenado ocupó el día,
y las jornadas de blasfemia no veían término,
yo siempre dejé
un suspiro para el aire,
un hueco
para el trueque de los umbrales.

Como saltimbanqui
mi sombra recorre el mundo, y regresa a los pies,
hacia nosotros, multiplicada,
hecha colores que primero son tímidos y después
estridentes,
asustados de saberse un reflejo que dejó el vidrio sobre el
vacío.

Agacho los ojos
mi silencio animal llora
ausente de lágrimas;
calle inframuros,
caudal de columpios, fantasmas enfurecidos
que corren hacia el cielo, que arrastran en su erupción
ascendente
la tartamudez que nos gobierna y nos mira a través de las
palabras
—así como el Diablo nos admira desde el espejo del baño—.

En la sonrisa del agua
vi sumergirse
un papalote amarillo
decidí que la muerte y todo lo demás puede venir después

decidí elegir bien morir
con las sábanas rosadas con las que arropo
este día, este infinito y desesperante sueño
hasta ser otra vez espacio vacío, espacio branquial
que se expande y se contrae.

No he venido a escuchar a los muertos
porque ya no los hay, la guerra les ha borrado las heridas
observo desde fuera el sueño tranquilo de los invisibles
que paz, que cielo tan acogedor,
lleno de frío y árboles,
cubierto de aire, aire, y más aire
solos para sí, lobos de asfalto,
suelos y generosos en su delirio
un dolor para los adentros del hierro,
sus garras echan raíz
sobre su propia voz
rauda cadencia de ángeles desposeídos de alas
me miro cruzando sus miradas,
desnudo hasta de sentimientos,
y soplo hasta abrirme más allá de las casas y los cordones de
luz;
soplo para ser y vivificar esa Madre que toma asiento junto
a todas las sombras embrionadas.

Las ciudades han cerrado sus fauces
los mares se despliegan hacia las estrellas y el hielo del Sol.

Cada quién a sus ausencias
la mía: el silencio del silencio; la muerte de mi sombra.

6

Inevitable
Desesperadamente
Y con necesidad vuelvo a ti, palabra roja:
regalo de la cochinilla,
delicia del primer fuego
que alentó el paso de los primeros habitantes.

Manzano de soles que da sus frutos
dentro de las crónicas difíciles de nuestra historia
palabra pura de agua
que la invocación vuelve vértigo y vino.

Dolor que es la clave constante
que nos recuerda que habitamos
los confines de la misma piel.

Lo que nos une a la bestia peluda,
al pez, al pájaro —todos vivimos
dentro de la sombra sagrada
del árbol de la sangre.

Punto cardinal de los enigmas
rubor del maíz rojo,
sonrisa entre los dientes.

Avanzo hacia tu encuentro,
palabra roja: familia infinita.

Sofía y Alejandra
sentadas frente al mar
al cobijo del viento que amansa el mediodía
garabatean letras
que nadie
en ningún tiempo
leerá.
Escriben para ellas
para el viento que vuelve como un viajero antiguo
para el mar
esa burla de espuma y de salitre.
Lentamente
como si lo soñaran
dibujan un nombre
una ilusión
un cuento donde el príncipe es princesa
es amazona
es labio tierno donde libar la sed.
Ellas miran al transeúnte y se lamentan
cuánto soñar para que en un segundo
el sueño se despeñe.
Y era tan simple
era decir amor
aroma de conífera

sutil columna de humo donde el nombre se eleva
penetra por el cuerpo al pulso de la sangre
se vuelve idioma interno
dolor que simboliza una presencia.
Era tan simple escribir con letra pequeña
decirlo en un susurro al sol del mediodía
con la tinta indeleble con que se inventa un beso
con que se escriben cartas que el correo inspecciona
y no deja llegar a su destinatario.
Era tan simple un gesto
la vista al horizonte
la mirada topando con lo desconocido
halo de luz en el paisaje de la tarde.

8

Y mágicamente entraba en tu cuerpo como una luna entra
en el agua
o un pez que describe la marea
por la línea de la playa que dibujaban los dedos del agua
que llevabas en la frente con el claro sol de tus ojos que me
incendiaron un día
para mostrarme que no existía un mar más ancho que tus
manos
que viajaban de la sed al asidero cargadas de pájaros y
naranjas
y entendías la voz de la nostalgia: del pueblo natal y del
lenguaje
de la infancia cuando tu cuerpo creció a la sombra de los
tulipanes
que me ofrecías con tu pecho
para que yo te sembrara árboles y veranos en la piel
con las palabras con que mejor me sabías
como a hierba o hastío
entonces tu cuerpo era una granadilla desgajada un maizal
acosado por el fuego
y me eras tan transparente como apenas el agua que me
llovías
con tu corazón rojo rojísimo
y de nuevo como la noria me eras otra y otra aún más

desnuda y frágil
que desconocía entre el brezal que urdías con tu boca
para decir mi nombre en el degüello
Y entraba en tu cuerpo para formar un nudo nunca visto
un jardín donde te crecían las ansias
de que yo te tomara
en los últimos ríos del sueño donde alzabas la vista para
sedarme
envuelto de ti y del deseo exhausto como un fruto al que se
le ha sacado todo
perdido y sin mí y nuevamente que nutriera mis ojos en la
línea de tu cuerpo
que leyera el braille de ángeles de tu piel
y yo te inventaba nuevos nombres e historias donde eras el
mismo verano.

Esta lluvia que golpea los cristales
es la misma de ayer.

Oyes el golpeteo de sus gotas,
como un tamborileo
que no acaba jamás.
En Medellín llovía.
El azar teje encuentros
como la ciudad calles
que desembocan en la misma plaza.
Esta lluvia que bate los cristales
es la misma de ayer.
El rumor de sus gotas
ha estimulado el árbol de tus nervios.
Has vuelto a vivir lo que ya no existe.
Has ido y regresado.
Te has encontrado en uno de los vértices
al niño que fuiste, mientras miraba
absorto la lluvia tras el cristal
y en los otros, al muchacho, al joven
y al adulto que fueron
el hijo de aquel niño.
Has caído en la búsqueda de tu ser

desde la alta cúspide de tu insomnio.
Has amado preso en la libertad del amor.
Has buscado por calles que se
borran en la bruma la intersección
de lo que captan los sentidos
con lo que intuye el sinsentido.
Has visitado un Santo.
Has sentido el calor de aquella luz
inexplicable que te hizo salir de tu cuerpo
una noche, mientras éste se fundía con el universo.
Has vuelto a amar.
Has sido para ser.
Buscas en este segundo que
pasa el concierto de todas
las fuerzas que te inventan.
Eres una partícula en la galaxia
que gira en la nada,
un ahora que se recuerda a sí mismo
en el parpadeo de los milenios.
Quien escucha llover ya es otro.
Está sentado en un cuarto futuro
que tú aún no conoces.
Te contempla
salir de tu alcoba, cerrar la puerta
y caminar por el jardín en donde
respiras la humedad de la noche.

Esta lluvia que bate los cristales
es la misma de siempre.

No desafiare la danza del demonio
con estos zapatos
que dejó mi madre en la repisa,
aderezados y limpios,
antes de que yo naciera, destellando
claridades rojas que las brujas codician.
No usaré sus sandalias, rancias,
ajustadas al tobillo de la muerte,
ni las botas de cuero de buey
ni las calcetas grises olorosas a lejía.
Yo tejeré mis alpargatas
hilo a hilo
caracol de mar y azogue
ensortijado en luces
—blanca estridencia— mientras la Luna
baja retozando
como armiño mi espalda.

Desde abajo las cosas se ven distintas. El sol toca la cabeza de hombres y mujeres de arriba y es como si fueran doradas nubes flotando. Y uno sonríe al ver tal espectáculo. Aunque apenados por quienes no suben su vista al cielo. Y es que a veces no es bueno soñar, si alguien más tiene sueño y no puede dormir. Pero somos débiles y queremos llevarnos una imagen a la cama. Algo que no nos quite los pesos desfundados. Y guardamos el recuerdo, para habitarlo en alguna parte del día.

Así es esto, no hay que esperar nada a cambio.

Caminamos erguidos como una manecilla que va cediendo su cuerpo al tiempo. Con nuestras manos pegadas a los costados, para caer de lado cuando caigamos. Como semillitas desplomadas sobre la flaca tierra. Cada vez hay más flores y ya no sabemos si somos pétalo o espina, pero de igual forma somos parte de algo, enraizados a eso que no nos pertenece. Pero seguimos mirando hacia arriba, esperando que un poco de piedad moje nuestro rostro. Con la boca partida en risa. Y es que ya no es asombro sino pensarlo todo diferente. Imaginamos que algún día agitaremos nuestros cuerpos y sembraremos tanto el suelo, que las doradas nubes

caerán y nosotros podremos escalar montañas hasta el
cielo...

Aquí,
la piedra de siempre,
la de los ancestros:
que guarda miradas,
que guarda lagartos.
Es la piedra de tantos muertos,
de tantas lluvias:
que guarda gritos,
que guarda plantas.
Es la piedra de tantos vivos,
de tantos silencios:
que guarda corazones,
que guarda serpientes.
Allí volverán a cantar
los pájaros
para sacar los sueños.

Yo nací en una tierra luminosa.
Yo vivo entre luces, aun en las noches.
Yo soy la luz de un sueño antepasado.
Busco en el brillo de las aguas, mi sed.
Yo soy la vida, hoy.

Yo soy la calma de mi abuelo Anapure,
que murió sonriente.

Rostro de llamas, rostro devorado, adolescente rostro perseguido, años fantasmas, días circulares que dan al mismo patio, al mismo muro, arde el instante y son un solo rostro los sucesivos rostros de la llama, todos los nombres son un solo nombre, todos los rostros son un solo rostro, todos los siglos son un solo instante y por todos los siglos de los siglos cierra el paso al futuro un par de ojos, no hay nada frente a mí, sólo un instante rescatado esta noche, contra un sueño de ayuntadas imágenes soñado, duramente esculpido contra el sueño, arrancado a la nada de esta noche, a pulso levantado letra a letra, mientras afuera el tiempo se desboca y golpea las puertas de mi alma el mundo con su horario carnicero...

El sol nace y la casa ya huele a flor de muertos
y pino.

Las piedras respiran despacio,
la casa despierta
y la leña habla en el fuego.

En esta casa no hay nubes,
hay flores azules, rojas y amarillas.
Hay mujeres que tejen esteras,
hacen pan y rezan por sus hijos
que fueron a la guerra.

En esta casa hay grillos que lloran,
corazones que no duermen y esperan
un hijo, un amor, una palabra...
un nombre junto al fuego.

En esta casa hay flores, flores de espera...

Sin pretender abrir la puerta a la típica historia:
antes del amor no existía nada.

Los mares ocultaban la rabia y el engaño,
sus sales eran mezclas extrañas de lujuria
y todos respiraban tranquilos por la noche.

Había en aquella época
esculturas de fuego en mi garaje
inhalandos mi tedio y mi mentira.

Crecía dentro de mí la angustia de la estatua
y la urgencia giraba mi revólver con la alarma
paciente de las aguas que hospedan a sus bestias.

La quietud se mecía sobre las superficies
ahuyentando la vida y sus polímeros. El mar era llanura
de ausencia sobre miedo. En el báltico oculto estaba
el ámbar agitando las aguas buscando los remedios.

Aquel día la luz lamió la noche
plegándola más tiempo de la cuenta. El agua consintió
y la resina aderezó sus células con la euforia del roce.

De pronto las gotas fueron seres de fuego ondulatorio
encima de las sábanas del viento, en el cóncavo espacio
que separa dos cuerpos perfumando los muros
con prisa de novatos. Corrosiva su piel petrificada.

Esta resina en mi mano reconoce
el origen de la contradicción:

nació entonces la sed
dentro del agua.

Son las 16:35 y estoy agotado del lunes
he llegado cabalgando
con miles de guerreros en una nube de polvo
he llegado cabalgando desde las ciudades arrasadas por las
legiones
desde las aldeas sumergidas en las miserias

Estoy agotado. Mi caballo se desmoronó al frente de mi casa
mi caballo cayó muerto o herido o se esfumó
mi caballo no existía o sí existía

He ordenado vino a los sirvientes y los sirvientes
me han traído vino
he ordenado música a los sirvientes y los sirvientes
me han traído música
y mi pregunta la dejo sobre un plato dorado y la miro.

Mis ojos están agotados
cansado con mi puerta
cansado con mi sable brillante
y por las calles los bárbaros dinamitan los monumentos

son las 16:35 y tengo que partir a la guerra
son las 16:35 y tengo que partir a la guerra

Un ángel sobre mí no lleva antorcha, solamente un aburrido laurel.

Aun así comienzo con la antorcha en el oído.

Es imposible ignorarla. Hace ruido como la ducha del cuarto vecino de mi hotel. Como el silbato del policía del cruce que se empeña desesperado en dirigir el caos que va avanzando implacable por todos lados. Como los gritos de los manifestantes.

Todos la tenemos, la antorcha en el oído, todos tenemos una pequeña llama, una lucecita que resplandece y susurra.

Sin esta lucecita, sin el chispear del fuego de la vida, no habría civilización.

Lo que nos une es la luz.

Y aún más en los días del ensombrecimiento como hoy.

No se trata de un guion hollywoodense, donde el caballero le gana al dragón y al final el bien vence al mal.

No se trata de 20th Century Fox, ni de Technicolor, ni de las baratas telenovelas del final predecible.

Se trata de un ángel que la nación coloca como conmemoración a sus héroes y como recordatorio a la posteridad.

¿Quiénes son los héroes de hoy?

No lo sé, y el ruido me impide poder imaginarlos.

Son las cuatro de la tarde de un sábado con menos gases automovilísticos y pasos de unas palomas que vagan por la glorieta en medio de los caminos que se cruzan.

La mujer con una pala y escobita limpia el monumento a los héroes, Bolívar y San Martín estrechándose la mano, en la Avenida 9 de Octubre, en pleno Malecón.

¿Quién eres tú que clamas por el cambio, en medio de las nubes que se acumulan mientras va ensombreciendo?

¿Quién te plantó en mi oído?

¿Y quién puede hacerse de oídos gordos ante el silencio, la mudez, la terrible mudez en la que se basa nuestra vida cotidiana?

El silencio de los asesinados, el silencio que no tiene cara.

No hay héroes. Fallecieron en las plazas comerciales, en las nóminas de los consorcios internacionales, en las páginas de la prensa amarillista, en las estaciones de metro, en los programas de ayuda al tercer mundo y en los tratados sobre el comercio de armas.

Con la muerte de los héroes se acabó la patria. Lo que queda es un territorio indefinido de las asimilaciones y rebeliones.

Una infinita fatiga y repeticiones, un sinfín de preguntas repetitivas.

¿Por qué? ¿Por qué también nosotros? ¿Por qué también nosotros, aquí, ahora? ¿Por qué también yo?

En mi pantalla se refleja la silueta del ángel sobre el que se

van amontonando nubes negras. Sirenas. La ambulancia con un desconocido corriendo hacia su destino.

Claxon. El joven a mi lado se inclina sobre su hombro, allí tiene un *walkie talkie*, otro policía en civil.

Otro policía en uniforme me pregunta si soy Óscar.

Sirenas.

No, no soy el señor Óscar, aunque a veces lo leo.

Me mira. Lo miro. ¿Qué oyen nuestras antorchas? ¿A quién?

A veces el incendio de las palabras oídas, de lo que nos hace humanos escuchando a la gente, entra sigilosamente también a nuestra boca.

Cada uno de nosotros lleva un pequeño incendio en la boca.

Cada uno por lo menos una pequeña llama, un encendedor prendido, un cerillo en brasa.

De vez en cuando lío una hoja de papel seco, de periódico, amarillento de tanta noticia vieja, olvidada. Lo lío y me lo meto a la boca.

Si hay aire, si las brasas en mi boca oyen lo que les dice el oído, entonces se prende lo que está en la boca, entonces reviven los muertos y el tiempo, en otras ocasiones convertido en una película muda y ciega.

Cada uno de nosotros: luz en la boca.

Cada uno de nosotros: alguien más.

Cada uno de nosotros: escucha la llama en el oído.

En medio del ruido cierro los ojos. En medio de la ausencia
cierro los ojos.

Alarmas, sirenas, bomberos, ayuden, mi corazón está en
llamas. Desde Némirovsky hasta hoy no ha habido
novedades.

En medio del ruido del mundo cierro los ojos.

En mis adentros llevo un mundo diminuto. Tiene un borde
delgado, iluminado. El exterior se infiltra en él como agua
subterránea y lo cambia. ¿A qué, a quién puedo cambiar yo?
Brasas en la boca. Una llama baja que calienta como si fuera
un nombre.

No es mi nombre, pero a veces lo tomo prestado. Me refugio
en él como si fuera un traje, me lo pongo como si fuera un
disfraz, lo llevo puesto.

Me lleva. Me define. Me cambia. Juega conmigo. Somos
codependientes, una micro comunidad, un nadie y un
nombre, de nadie.

La bruja sale de su casa
cuando la luz declina.

Camina tiesa con los glúteos saltones.
Las piernas cortas.
Las manos largas.

Cara de palo torcido.

En el borde del labio
tiene un lunar;
los ojos saltan
espectaculares
hacia las sienes.

Su falda nueva en realidad es un harapo.

La bruja se encuentra con un niño. Lo empuja y en el
empujón nace la lluvia.
Cruza la mirada con una joven en “sus lunas”. Ensucia la
sangre de la muchacha con su flujo seco de vieja dura. La

chica llora.

Tropieza con un hombre. Le arranca el corazón con la negra uña larga de su dedo índice.

La bruja mira cómo el niño, la muchacha y el hombre se detienen, abren los ojos, tiemblan y siguen su paso.

Los lugares cambian de medida.

El tiempo va más rápido o más lento.

Las emociones duelen.

Los pensamientos caen.

Suena el teléfono.

Tintinea un mensaje.

Los tres caminan callados, graves, diferentes en dirección a su casa a través de los pasos que resuenan fuera, sobre el pavimento, pero también dentro, en el espeluzno de la sorpresa y el miedo.

En el camino, ya no pisan con los mismos pies.

Ahora todos están sentados alrededor de una mesa.

En ese sitio todo tiene dos caras desdobladas que puedes ver al mismo tiempo.

Dos caras que siempre son muchas, pero que siempre son dos: el lado de aquí y el lado de allá, el lado de abajo y el lado de arriba, el lado blanco y el lado negro, lo suave y lo duro,

la vulva y el pene, la posición 1 y la posición 2, la cosa y la idea de la cosa.

Lo demás sobra, excepto el cero.

En este lugar la bruja habla: —Todo se reduce a esto o aquello, a uno o a otro, y yo siempre me quedo sólo con una de las dos partes. Romper y rasgar me encanta.

Lo incompleto es delicioso.

Entonces, la muchacha le dice a la bruja: —No te quedes con mi sangre.

El niño le dice: —No te quedes con mi ventana.

Y el hombre le dice: —No te quedes con mi corazón.

La bruja se cae de risa, divertida, patalea en el suelo. Araña con su uña el suelo. Y se irgue más grande con las manos más largas y los mira con sus ojos de luna gorda nublada.

Virgilio, mi abuelo tenía tierras,
un campo tan suyo que llevaba su nombre.
Crio a los cinco hijos
al tiempo que a sus animales,
todos se alimentaron
de la misma leche.

Tal vez su mujer
alguna vez sintió celos o envidia
de las montañas que le amaron
de noche y con los truenos.
No hubiera servido reclamarle,
no tomaba en serio
a quien no se hubiera cortado las manos
al segar maleza,
o a quien no recogiese buen fruto
por octubre.
El hombre se hace en el campo,
dijo a todos sus hijos.
Él se hizo muchas veces,
de todas las formas posibles.
Pasó muchos años amando un solo lugar.

No encontró cobijo en ningún otro
porque no le necesitó.

Un día todo se volvió extraño.
Sus hijos recibieron llamadas de vecinos,
el padre ya no tenía sangre en las ropas
al volver a casa,
su camisa se iba y regresaba limpia.
La leche de sus vacas
dejó de alimentarnos a todos.
Pasaba mucho tiempo con sus nietos,
por fin conocí sus modales
y la juventud.
Nos habló tanto que cada palabra
era una historia,
y la historia es el mundo.

Sus hijos fueron a los campos
que le pertenecían.
Les fue difícil entrar.
Cada vaca y cada hijo
estaba muerto.
Ninguna gallina hizo ruido.
No hubo ovejas que salieran
a ver qué estaba pasando.

Los montes ya no amaron a nadie,
murieron de tristeza,
igual que la casita de teja
dejada a la mitad.

El hombre dejó de hacerse en el campo
y fue a la ciudad por respuestas.

Mi abuelo no pudo responder nada,
tampoco quiso hacerlo.

En su cabeza,
en su mundo de agua y siembra,
seguía pensando que cada día
fue a prestarle a las tierras sus años,
que todos los animales le seguían respetando,
que el amado monte le esperaba como siempre
para sepultarle las penas.

Nadie se explicó nada,
ni mi abuelo mismo.

A veces creo que el campo
encarnó en su cuerpo,
y por eso tiene tantas cicatrices.

Hoy mi pecho volvió a sentir el suelo,
mientras mis manos, ilusas y tontas,
tapaban mi cabeza
creyendo que podrían protegerla,
y mi corazón, bastante asustado,
latía con la fuerza de un martillo
clavando un par de clavos en mi panza;
así duele el temor,
y así duelen los momentos de angustia/guerra.
Se escuchaba un sonido fuerte, sordo,
como los golpes de un palo a una tabla,
así, sin mucho eco,
pues la bala solo rompe el silencio
por un tiempo muy corto,
pero nos deja rotos para siempre;
el eco de una bala son los gritos de dolor
de una madre que entierra a su hijo,
y es la inquietud de un país entero
que sabe que las armas andan sueltas.
Hay instantes en los que me confundo,
y no sé si el sonido que se escucha a lo lejos
es mi pecho tronando,
deshaciendo mis paredes internas
por sus ganas de escapar a un sitio más tranquilo;

o si son balas surcando los aires
en un sitio cercano.
Para mí, el sonido ya es el mismo,
porque me siento tan acostumbrado
a los gestos de violencia,
que mi cuerpo piensa que es normal
sentir este ruido;
y si alguna vez se hace el silencio,
si alguna vez llega paz a este pueblo,
me lleno de duda,
me agito creyendo que algo está mal,
y aumentan los latidos de mi pecho
para que se escuche algo de ruido,
para que todo sea igual que la realidad,
que por el momento solo está ausente.
La paz ya no vive en este lugar,
dicen que se asustó
por tanta balacera;
y que no piensa volver en un buen rato.
Nosotros nos hemos convertido
en una ciudad llena de fantasmas
que se matan los unos a los otros,
vivimos en una zona de guerra,
donde los niños se vuelven soldados.
Yo ya no sé qué hacer,
lamentablemente suenan igual

mi pecho y las ráfagas de las balas,
con la gran diferencia de que un sonido es vida,
y el otro me la quita.

Mi madre dice que se cansó de llorar
por ver tanta costumbre en casa,
que se estaba marchitando
entre los mismos muebles de hace treinta años (ya tenemos
nuevos);
que dos o tres veces por día,
a veces hasta cuatro,
veía pájaros en el jardín
picoteando sus sueños de ser cantante,
o algún auto pasando de prisa
que atropellaba sus deseos
y los dejaba tirados
como perro abandonado en carretera.

Dice que a partir de cierta edad
dejó de esperar grandes cosas,
que ya solo desea reír por más de tres segundos,
cocinar algo que no sean arroces,
o cambiarse la ropa una noche
y que no huela a tabaco ajeno,
o que no tenga el color
de decisiones mal tomadas.

Dice que cuando está triste
viste de gris,
y cuando quiere renovarse se corta el cabello.
Lo cierto es que toda su ropa es del mismo color,
y su pelo le llega hasta las rodillas.

Mi madre tiene huecos
donde deberían ir los ojos
porque un día se fastidió tanto de que sus lágrimas
mancharan su rostro,
que se los sacó con una cuchara
y se los regaló a un viajero.

Le pidió que se los llevara lejos
para poder ver algo más
de lo que siempre había visto.

Con el tiempo se acostumbró a caminar con la cabeza abajo
para que la luz
no le lastimara las cuencas.
Sonreía de vez en cuando;
lavaba ropa de su misma familia,
tejía ropa o su familia le obligaba a tejer,
mas no veía la ropa:
veía cuadros en un museo,

turistas caminando entre callejuelas,
atardeceres libres de smog
en un campo amarillo,
con flores que llegan hasta las caderas.

Me dice mi madre que si me porto bien
me sacará los ojos
y se los dará a algún desconocido.
Yo ya estoy feliz y practicando
para cuando esté ciego;
cierro los ojos y trato de andar,
hago una cosa mientras pienso en otra
e imagino todo lo que otra persona
me podrá mostrar;
después de todo,
para que quiere uno ver tanta miseria.

Uno tiene que comer,
pero no hacen falta ojos para eso,
no quiero ver mi plato de arroces
si puedo ver pasteles
en un sitio muy bonito,
ver un bosque floreciendo,
pirámides en el desierto;
eso es mejor que ver el camino

que me lleva
a la escuela,
las calles de tierra
y mis zapatos rotos,
que ya no me quedan.

No necesito ojos para tomar unas monedas,
para ir al mercadito
y escoger un pan, o un huevo,
llevarle de comer a la tía
que lleva tres años sin piernas.

Y ella no necesita piernas
si sus ojos se los dio a un buen tipo
que anda paseando en Argentina,
o recorriendo los campos elíseos.

Todos podemos ver
lo que esté frente a nuestros ojos,
aunque estén en las manos de alguien más;
de esos viajeros que se llevan
nuestras ganas de vivir
a otros sitios.

A ellos les gusta caminar con una bolsa grande,
cargan los ojos de miles de personas,
y los llevan consigo cuando comen,
cuando van a un restaurante,
o cuando van al baño.

Ayer mi madre vio el cielo
desde por encima de las nubes;
por la noche, antes de dormir
vio un plato de pasta
con mucha salsa de tomate,
cree que es Roma, o Florencia,
por las películas que vio cuando era niña;
mientras, cenábamos tostadas,
pero todos éramos felices:
no todas las noches
puedes dar un paseo en familia
en el país donde vive mi papá.

Un día le regalaré mis ojos
a un desconocido,
le diré que no quiero verme
tras mis gafas viejas de aumento insuficiente,
que los tome y los lleve consigo,
y me muestre el universo.

Solo conoceré su mundo,
así como mi madre, y mis tías,
mis amigos,
conocen solo lo que otros les enseñan.

Después de todo, quien no tiene ojos
solo puede ver lo que otros le cuentan,
pero cualquier cosa es mejor que lo que vemos,
y por eso es tan fácil engañarnos.

sol piedra
piedra de sol sol de piedra sol
acaso no se puede escapar de metáforas minerales
y de tierra de los pigmentos
lo lleno sin embargo no es rígido no es metáfora:
lo esférico brota cuando no hay presión en el contorno
la sustancia se distribuye en la proporción equilibrada de su
movimiento
isotrópico y así se llena la forma no hay una piedra hecha de
sol
no puede haber un sol petrificado
pero aquí está es el tercer rostro
que abre la metáfora cuando se juntan dos mundos
nunca antes vinculados nunca juntos
piedra de sol sol de piedra sol
sol piedra.

El lenguaje
también
se descompone
ceden los goznes de su gramática su legibilidad se relató
sus puntos y comas todo queda flotando
quien se entrega a la contemplación

enmudece
deja un espacio mayor al silencio

olvidar los nombres de las cosas que se ven
para volver a mirar

hay que recurrir a las palabras
para decir que no son suficientes
círculo que estalla por su fuerza centrípeta
hay que deshilar palabras rígidas en la boca
separarla cada vez más
cerrar la boca
abrir los ojos
brilla el sol
¿es realmente un sol?

las figuraciones
surgen en el silencio
dan un giro sobre sí mismas
adoptan palabras
aplican colores
acomodan formas
dan otro giro sobre lo inefable

expulsan palabras
estallan colores
desdibujan formas
viajan en el tiempo
y se vuelven a quedar en silencio
para empezar
otro viaje
el mismo
nueva palabra de quien mira el sol
cerrando los ojos

Cuarenta y ocho años de oraciones como un endemoniado
han ramificado mi cuerpo en un antiguo dolor de árbol
una nueva oración será necesaria
o es acaso un golpe en la nariz
una rodilla rasmillada sin bicicleta
lo necesario a estas alturas
basta
una gota de tu sangre
para calmar mi sed, Señor
qué difícil es cargar tu sombra entre mis hombros
de tu voz en mi susurro rezando
de tu voz en mi susurro rezando
y rezando hasta rasgar mis sesos
y siempre el desasosiego
ya no quiero confesarme
ya no quiero confesarme
tanto tiempo
entre millones de cuadros
multiplicados tus brazos abiertos
hasta cuándo, Señor ¡cerradlos!
para cerrar mi boca
con esta herejía que lleva urgencia de años
¿por qué has de ocultarte en los resquicios de las nubes?
ya deja de sembrar tu canto

y repara este charco
en el que me he convertido
yo solo sé abrir burbujas
que solo quieren devorarte
que solo quieren...
pero no es posible matar al padre sin que el hijo esté ya
muerto
y no quiero arrepentirme
y no quiero arrepentirme
tampoco tener miedo
tampoco tener miedo
ni tan poco miedo
ni tan poco miedo
miedo
miedo
miedo
¿Acaso esa es tu revancha?

A la intemperie de los paisajes heridos,
en la niñez que aun mece el columpio,
vive la mirada de una anciana
soportando el juego del despojo sonrío
con la boca seca escucha el pasar de los niños con la pelota,
acostumbra a alcanzar las propias sílabas
adelgazarlas hasta el mutismo en su pañolón
las motas encuentran un collage de lluvias.

La posición de su asiento
está esculpida en el aire
y juntando las manos en un salmo
sabe esperar.

Como en tiempos de apareo la noche enrojeciendo, la
situación previa y el pacto previo enrojeciendo,
durante la sospecha de la gran visita, mientras las costras
sagradas se desprenden
del cuerpo antiquísimo de la resurrección.

Quiero decir
el gran experimento.

Buscándole a Dios en las costillas la teoría de la costilla
faltante,
y perdiendo siempre la cuenta de esos huesos
porque las luces eternamente se apagan de pronto, mientras
volvemos a insistir en hablar a través de ese corto circuito,
de esa saliva interrumpida a lo largo de aquello que
llamamos el cuerpo de Dios, el deseo de luz encendida.

Llamando, llamando, llamando.

Llamando desde el radio portátil oculto en cualquier parte,
llamando al sueño con métodos ciertamente sofocantes, con
artificios inútilmente reales,
con sentimientos cuidadosa y desesperadamente elegidos,
con argumentos despellejados por el acometimiento que no
se produce.

Palabras enchufadas con la corriente eléctrica del vacío, con
el cable de alta tensión del delirio.

Acertijos empañados por el aliento de ciertas frases, de

ciertos discursos acerca del infinito.
Recomenzando, pues, el mismo discurso,
recomenzando la misma conjetura,
el Clásico desperfecto en mitad de la carretera,
el Divinal automóvil con las llantas ponchadas
entorpeciendo el tráfico de las lágrimas y de los muertos,
que transitan Clásicamente en sentidos contrarios.
Recomenzando, pues, la misma interrupción,
La procesión histórica de las llantas ponchadas,
el sofisma de cada resurrección,
el ancla oxidada de cada abrazo,
el movimiento desde adentro del deseo y el movimiento
desde afuera de la palabra, como dos gemelos que no se
ponen de acuerdo para nacer,
como dos enfermeros que no se coordinan para levantar al
mismo tiempo el cuerpo del trapezista herido...

En tenebroso arrullo viaja el filo, el crujir del tablado, el relámpago se extiende y troza el aire. Ella acerca sus fauces coloridas al estanque. Cubre y descubre: el canto de remolino profundo, de caracol que crece en memoria de tamboras.

Caen los hilos y por fin danza
la traición, la transparencia
en lengua de bruja:
el grito original.

Entre la niebla del tiempo,
hay un secreto.

Eres también mi cuerpo
eres también mis plantas,
la mirada embebida de la angustia
y el soplo que borra estas palabras.

VOZ

Asómate sin miedo al abismo
y serás cascada.

Batman desde el panecillo

Recomenzando siempre el mismo discurso,
el escurrimiento sesgado del discurso, el lenguaje para
distráer al silencio;
la persecución, la prosecución y el desenlace esperado por
todos.

Aguardando siempre la misma señal,
el aviso del amor, de peligro, de como quieran llamarle.
(Quiero decir ese gran reflector encendido de pronto...)
La noche enrojeciendo, la situación previa y el pacto previo
enrojeciendo,
durante la sospecha de la gran visita, mientras las costras
sagradas se desprenden
del cuerpo antiquísimo de la resurrección.

Quiero decir
el gran experimento.
buscándole a Dios en las costillas la teoría de la costilla
faltante,
y perdiendo siempre la cuenta de esos huesos

porque las luces eternamente se apagan de pronto, mientras volvemos a insistir en hablar a través de ese corto circuito, de esa saliva interrumpida a lo largo de aquello que llamamos el cuerpo de Dios, el deseo de luz encendida.

Llamando, llamando, llamando.

Llamando desde el radio portátil oculto en cualquier parte, llamando al sueño con métodos ciertamente sofocantes, con artificios inútilmente reales, con sentimientos cuidadosa y desesperadamente elegidos, con argumentos despellejados por el acometimiento que no se produce.

Palabras enchufadas con la corriente eléctrica del vacío, con el cable de alta tensión del delirio.
(Acertijos empañados por el aliento de ciertas frases, de ciertos discursos acerca del infinito.)

Recomenzando, pues, el mismo discurso, recomenzando la misma conjetura, el Clásico desperfecto en mitad de la carretera, el Divinal automóvil con las llantas ponchadas

entorpeciendo el tráfico de las lágrimas y de los muertos,
que transitan clásicamente en sentidos contrarios.

Recomenzando, pues, la misma interrupción,
la pedorreta histórica de las llantas ponchadas,
el sofisma de cada resurrección,
el ancla oxidada de cada abrazo,
el movimiento desde adentro del deseo y el movimiento
desde afuera de la palabra, como dos gemelos que no se
ponen de acuerdo para nacer,
como dos enfermeros que no se coordinan para levantar al
mismo tiempo el cuerpo del trapecista herido.

Aquí el ingenio de la frase ganguea al advertir de pronto su
sombbrero de copa de ilusionista;
ese jabón perfumado por la literatura con el cual nos
lavamos las partes irreales del cuerpo,
o sea el radio de acción de lo que llamamos el alma,
las vísceras sin clave precisa, los actos sin clave precisa,
la danza de los siete velos velada por la transparencia del
dilema;
y por la noche, antes de acostarse,
la dentadura postiza en el vaso de agua,
la herida postiza en el vaso de agua, el deseo postizo en el
vaso de agua.

La señal... la señal... la señal...

Así sonríes, sin embargo, confiando otra vez en tu discurso,
mirándote pasar en tus estatuas,
flotando nuevamente en tus palabras.

La señal, la señal, la señal.

Y entretanto paseas por tu habitación.

Sí, estás aguardando tan sólo el aviso,
ese anuncio de amor, de peligro, de como quieran llamarle,
ese gran reflector encendido de pronto en la noche.

Y entretanto miras tu capa,
contemplas tu traje y tu destreza cuidadosamente doblados
sobre la silla, hechos especialmente para ti,
para cuando la luz de ese gran reflector pidiendo tu ayuda,
aparezca en el cielo nocturno,
solicitando tu presencia salvadora en el sitio del amor
o en el sitio del crimen.

Solicitando tu alimentación triunfante, tus aportaciones al
progreso,
requiriendo tu rostro amaestrado por el esfuerzo de
parecerse a alguien

que acaso fuiste tú mismo
o ese pequeño dios, levemente maniático,
que se orina en alguna parte cuando tú te contemplas en el
espejo.

Miras por la ventana
y esperas...

La noche enrojecida asciende por encima de los edificios
traspasando su propio resplandor rojizo,
dejando atrás las calles y las ventanas todavía encendidas,
dejando atrás los rostros de las muchachas que te gustaron,
dejando atrás la música de un radio encendido en algún sitio
y lo que sentías cuando escuchabas la música de un radio
encendido en algún sitio.

Sigue la noche subiendo la noche,
y en cada uno de los peldaños que va pisando, una nueva
criatura de la oscuridad rompe su cascarón de un picotazo,
y en sus alas que nada retienen, el vuelo balbucea los restos
del peldaño o cascarón diluido ya en aire;
y mientras tanto tú no llegas aún para salvarte y salvar a esa
mujer
que según dices
debe ser salvada.

¿En qué sitio, en qué jadeo
el sueño recorre el apetito reconcentrado de los dormidos?
¿Qué ola es ésta, que al golpear contra el casco
hace que el marinero de guardia ponga atención por un
momento, para decirse después que no era nada
y torne a pasearse por el cuarto, mirando de vez en cuando
por la ventana las luces dispersas de la calle?
¿Qué ir y venir está gastando el cuerpo de su andanza
contra el casco manchado, cubierto de parásitos marinos?
...porque de pronto has dejado de pasearte por la
habitación.
¿Acaso escuchas realmente ese ruido? ¿Ese ruido viene del
pasillo o viene de tu deseo?
(Cierta especie de ruido que tropieza con cierta especie de
silencio dentro de ti,
como alguien que se topa con una silla al caminar a
oscuras...)
¡Tal vez ya prendieron el reflector para pedirte auxilio!
¡Tal vez fue esa mujer quien lo encendió!

Pero no, todavía no,
nadie camina por el pasillo hacia tu puerta, nadie tropieza
con una silla dentro de ti,
y allí están doblados tu traje de héroe y tus sentimientos de
héroe,

listos para cuando entres en acción.

¿Pero por qué no han encendido ese gran reflector?

¿Es sólo el ascenso de la noche lo que deja sus cascarones rotos en el aire?

¿Qué criatura de la oscuridad picotea para que el aire tome forma de cascarón roto, de peldaño dejado atrás?

¿Qué es aquello que detiene de súbito tus paseos por la habitación mientras te dices “Acaso deba esperar otro rato”?

Y vuelves a asomarte por la ventana.

¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo rayándolo fugazmente con sus pequeñas luces de navegación?

Y algo dentro de ti que tú crees que es la noche allá afuera, cruje pisando cascarones rotos, peldaños donde el cuerpo de su andanza deja un hilo finísimo de baba o soliloquio, mientras retorna el fantasma de una mujer bandeado por la oscuridad

donde el mar se encaverna después del zarpazo, y ese fantasma, que es la otra cara de la espuma, repite contra el casco del barco el golpe del sueño salpicando al silencio desde lejos.

Y vuelves a asomarte por la ventana.

¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo?

¿Qué es ese ruido que te hace mirar tu traje y tu antifaz,
y asomarte después por la ventana?
Ir y venir alrededor de una silla,
enrevesado viaje alrededor de una silla, guardando el
equilibrio difícilmente
al caminar y girar sobre un hilo finísimo de saliva.
Ir y venir, habladuría alrededor de una silla donde está un
extraño traje doblado,
ir y venir alrededor de un viejo y descompuesto automóvil
que estorba el tráfico en la carretera,
gestos entrecruzados, habladuría de ventanas y escaleras
labrando la estatua cuyo sentido griego vacila y se viene
abajo en el trayecto entre una ventana y un reflector que no
se ha encendido,
mientras los cascarones rotos de la oscuridad crujen y se
disuelven bajo el brusco aleteo con que la oscuridad va
impulsando la noche.

Y otra vez te paseas,
¿quieres desovillar el hilo de saliva, el hilo de palabras sobre
el que te balanceas en precario equilibrio?
¿En qué juego de tus frases, en qué humillante silencio has
puesto el oído?
Y otra vez te paseas y otra vez te vuelves hacia la ventana,
pero ese resplandor... pero ese resplandor que descubres de

pronto,
es el amanecer,
palidísimo gesto de esa luz entre los edificios, donde el
silencio enhebra las pisadas lejanas de todo lo nocturno.

¿Y ahora,
qué es lo que sientes que se aleja,
como alguien corriendo descalzo por la playa, entre la niebla
que la luz va a ocupar?
¿Y en esa claridad en aumento, acaso puede todavía
distinguirse
la señal de un reflector encendido?
Paseos alrededor de una silla donde está un extraño traje
doblado,
monólogo alrededor de una silla donde está un simulacro en
forma de traje doblado,
mientras el amanecer se deja llevar por su propia marea
ascendente, y por el ruido de las barredoras mecánicas y de
los primeros camiones urbanos
que aparecen por las calles desiertas del centro histórico.

...pero dijo la dama de blanco, tu deber es escribir, haya o no sol, tocar el revés de la cartografía, hundirte en la tinta del pulpo y mirar si es posible mirar, pero no ver, sí, dijo la dama de negro tu deber es callar, haya o no haya sol torcer hacia adentro la lengua, aceptar el placer y no escribir, si es posible no escribir.

he abierto el libro en el solsticio de verano, sus páginas me devuelven una voz que no es la mía, esa voz sabe de mí, con familiaridad enumera uno por uno mis defectos, la interrogo, es inútil esa voz, conserva un mechón de cabellos amarillos, la prenda de un amor imposible, el concierto de los *Rolling Stones*, la hora exacta de la muerte de mi padre, las páginas enteras que había borrado y escrito, le dije tú ganas ¿qué quieres de mí?

hay rayos que parten del sol, rayos que parten del ojo, ellos crean las cosas al tocarlas, si duermes desaparecen, el mundo si despiertas se hunde por el sumidero adónde van o no lo sé, el ojo es una geometría de círculos, un planeta que gira sin importarle nada, sin detenerse a contemplar el sol, qué turbio el sol, cubre de cenizas estas páginas, oscurece mi boca.

siempre lo mismo, el mar azul, el polvo de eгина, la tinta del pulpo encharcada en la voz o en el papel, siempre lo mismo, aunque la escena cambie de sueño o de deseo, aunque la belleza diga no y la verdad cierre sus ojos.

Yo te miro con toda la luz y con toda la oscuridad que poseo...

La lluvia cae sobre tu libro, cae sobre los techos de un país lejano, mezquitas, minarettes, medialunas, y un turbante rojo de mayor usaré, turbante rojo, me dejaré la barba, tendré conmigo un astrolabio, ¿algo más?, sí una sensación de frío de okapis perdidos en el zoo, de vergüenza por sumar todavía con los dedos, de rayar con la navaja la carpeta de roble, me acuerdo de la carpeta de roble, me aburría en clases, inventaba historias, yo era el perro cristiano, el infiel que ignoraba los números.

Los niños apedreaban al cristiano perro, le decían hueles mal, el cristiano no entendía se limitaba a sonreír con que miedo, sonreía con qué miedo, cerraba su libro el hombre del turbante, miraba la escena, los niños volvían a apedrearlo, nunca serás como nosotros, yo entregaba al profesor las pruebas en blanco, lanzaba lápices al techo, hería cada noche su blancura.

Con cuánto sigilo, me acercaba, con cuanto temblor mordía sus pechos, me hundía en un viraje de plumas, todo cedía, la suavidad de sus piernas, el olor de su sexo, el terciopelo azul de su mirada, esta noche huele a frío, en Berlín huele a frío, en Quito huele a frío, en México huele a frío, en Nueva York

cae la misma lluvia, el mismo enigma, ha pasado tanto tiempo, me pregunta soy yo tu poema, le digo sí tú eres mi poema...

Eran cien hombres de armas.
Cuando el sol surgió en el cielo
Todos dieron un paso al frente.
Las horas pasaron, sin sonido:
Sus ojos no parpadeaban.
Cuando tocaron las campanas
Todos dieron un paso al frente.
Así pasó el día y llegó la noche.
Pero cuando en el firmamento floreció la primera estrella
Todos a la vez dieron un paso al frente.
“Atrás, fuera de aquí, fantasmas inmundos,
Regresad a vuestra vieja noche”.
Pero nadie respondió y, en cambio,
Todos, en círculo, dieron un paso al frente.

Como un muerto, amor, yo me incorporo,
echo puñados de olvido y grava, tablas
que mordí, piedras, lo que queda de mí
y de las flores que un día me pusieron,
y todo lo que echaron sobre ti para enterrarme:
las embriagueces de la equivocación, toda
la complicidad por amor, todo el amor
que confundí con el silencio, los clavos
que no me dejaban ir hasta tu frente.
Le devuelvo a tu ayer la herencia injusta
que me dejó en los ojos, mi desesperación
hecha de tierra, el llanto que sacaba
su alcohol a las primeras cuerdas del pasillo,
mi angustia que presentía tu preñez, mis raíces
atadas a tu verdad enorme, tu alarido
en la espalda. Ahí quedan mi camastro
con sus sábanas de soledad y de melancolía,
mi empleo, mi patrón, mi desempleo,
mis deudas de aguardiente y aspirina, mis zapatos
lentos de no hay vacantes y costuras,
los almuerzos en que me ponían un libro
abierto sobre el plato, mi espera de la gran
ocasión, de la gran cosa, del gran día...

Que se ocupe también de la llegada de la luz a las
fronteras infrarrojas,
que anule, sosegadamente, la mutación de la ceguera
en Efecto Doppler.
¿No sería mejor rezumar esas dudas en el silencio
de alguna jaculatoria,
antes que empaparlas con tres millones quinientas
sesenta y seis mil
cuatrocientas ochenta y nueve letras de pura especulación
religiosa,
un poco de esperanza y, sin duda, toneladas de
autocomplacencia?

¿Para qué escribimos nuevamente la crónica de la
Noche Triste, si fue dichosa,
y si Hernán Cortés se quedó de todas maneras con
más de una Malintzin
y si hemos vuelto a incinerar las carabelas cada vez
que hallamos dudas?

Para qué, si no es para escribir un Canto General,
travestido, que nos nombre,
mejor que los legajos borroneados por las manos de
un cronista semianalfabeta.

Esta calle mi calle
se parece a todas las calles de mundo
uno no se explica por qué
suceden tantas cosas en un minuto
en un hora en doce horas
desde que el sol preña la tierra.

Tiene puertas como bocas sin dientes
Las mujeres se asoman a las ventanas
y miran tan lejanamente...

Sobre un alambre en el que los días
hacen equilibrio cuelgan a secar
medias, camisas y pantalones rotos.

Tres mujeres con cara de pocos amigos
esperan el bus. Son modistillas
que van a los talleres de la ciudad
a coser su miseria con una aguja de oro.

La beata de enfrente
acaricia con uvas a un gato lustroso

y le dice "*my darling*"
mientras un estudiante regresa
a su cuarto de hotel
donde la cama en actitud de mujer pariendo
espera su saco de huesos
y colgado en la pared con una cinta
el retrato de la novia
que se ahorcó en sus trenzas
y ya tiene dos hijos parecidos
a su marido el boticario,

Al final de la calle está la casa
del farolito rojo
a donde van prostitutas niñas
con pelo color de miel
y senos como dos monedas de centavo frías

Esta calle mi calle
se parece a todas las calles del mundo
se ven estas cosas y otras cosas...

Has visto,
verdaderamente has visto
la nieve, los astros, los pasos afelpados de la brisa.
Has tocado,
de verdad has tocado
el plato, el pan, la cara de esa mujer que tanto amas.
Has vivido
como un golpe en la frente,
el instante, el jadeo, la caída, la fuga.
Has sabido
con cada poro de la piel, sabido
que tus ojos, tus manos, tu sexo, tu blando corazón,
había que tirarlos
había que llorarlos
había que inventarlos otra vez...

Mi madre,
jamás usó la cacerola para jugar a la mujer responsable
la empeñó en una tienda de rayas y
se compró con el dinero una ola negra
como la lengua de quien usa el tocador para decirse ciertas
cosas.

Para lamer la noche
usaba la sal endulzaba el cuerpo
la espuma blanca
le roía los muslos de arena haciéndoles anotaciones
contando los días que llevaba sin sentir
entre las piernas el escurrimiento de un poema.

Nadie había visto nadar una ola
en el mar de olas
hasta que ella se paró de pie juntillas y
declamó una o dos o tres recetas de mejillones al ajillo
Nadie había visto a una mujer escribir como mujer
Nadie había previsto
que se desnudaría el torso se levantaría la falda
se recostaría contra el muro abriría los sentidos de la
carne
esperando con sonrisa maliciosa la embestida del poema

Nunca usó la cajita de especias que le regalaron
cuando era niña y perseguía nubes en su bicicleta
vagabunda

Se tatuó una escoba para recordarse que nunca usaría una
escoba

Esperó que le creciera un rosal en el corazón
pero en vez de eso comenzaron a nacerle caracolas

Ella dijo: soy una y soy miles
mis voces se replican en el bramido de la piedra
quiero volar y más se agitan las olas de las nubes
quiero correr tras los cangrejos que se fugan en la arena
quiero yo misma ser fuga
dejar de tener pies para volverme sirena

Ella dijo: en el bosque azul que me circunda
se balancean y cantan las demás sirenas

Ella dijo: traigo en mi bolsillo del chaleco
la ola negra que compré para esta noche

Siempre esperando tu nube,
la guardia a la puerta,
y por la noche buscaremos el fuego de tus labios,
entre el luto y las estrellas,
comiendo en grupo frente al frío,
suspirando el techo,
el pasillo y el canto de nuestros hijos,
sabremos que jamás
hemos de ver tu cuerpo esperado,
tu cuerpo de leche,
tu cuerpo de miel,
tu cuerpo como el mundo de palomas tiernas,
tu cuerpo de espasmo y suspensión
que baja por aquel monte,
como un torrente,
como un rugido,
como la bruma ciega del cansancio y la levadura.

Este veneno ya estaba en mí
en mi sangre
antes de mí, mi sangre ardió,
antes de mí, mi sangre envenenaba a otros,
mi padre y su padre y sus abuelos, todos heridos
hasta el principio primordial.
Todos ardían como yo
todos arden conmigo.

Somos tres espejos que se reconocen
Un cuerpo abierto en tres historias semejantes
Un sueño que se encuentra en el sueño de las otras
Un solo de amor donde el animal come de malayerba
Damos vueltas, creamos el círculo con nuestras vidas
aunque se escuche la rasgadura o el latido del badajo.
En la memoria perpetuamos la infancia
Amasamos la carne
¿Somos algo cuando el espejo nos escupe?
Y aunque no reconocemos al que mira
le ofrecemos los frutos curtidos al sol
Y la sombra fluye y va en ese río donde uno es pez
y corriente en una sola agua.

Tengo amontonadas las ideas
las empujo que caigan directo al fuego
antes de salir de mi boca,
hoguera de animales marinos, enjaulados engranajes que
anhelan su vuelo
para imitar a la naturaleza,
y en la primera plana
los verdugos van disparando sobre músicas robadas
reinicia la sensación de crecimiento,
cuando quería salvarme, hordas de vida
me fueron imposibles a la vista,
sería irónico caer en las manos de la justa muerte
ahora que arrancaban nuevas pasiones,
comienzo a comprender la maldición que los dementes le
hacen a la gente normal,
en la esquina del callejón, dos adolescentes son asesinadas,
ya no necesitamos drogas para alterar los sentidos,
ni vanagloriarnos con temas de nenas y peleas ganadas,
las ratas comienzan a buscar nuestros besos,
la espada de Damocles nos ha esperado pacientemente,
os verdaderos locos viven humillados,
una leve iluminación,
mi mente se abre a un bosque reforestado,
al cielo blanco áurico,

que cobija de espíritu y sobriedad
las calaveras que celebran la última puesta de su traje de
carne cruda,
todo es más sabroso al paladar de mi vida corriendo en un
segundo,
a nadie más que a mi le debo mí ruina,
cosquillas de barrio recorren las calles,
llegan directamente a acribillar mi juventud perdida.
A estas alturas, los poemas de leones son gatitos cayendo
por la escalera de mi garganta,
¿te parece que estoy solo?
No me importa, ya no respaldo ni me opongo a ninguna
causa.
Sin mí, el mundo no convulsiona.
¿Es una nueva etapa y comienzas a extrañarme?
ojalá nunca descubras el delgado hilo que conduce a lo
desconocido
y a la morbosa perdición de probar mis pecados,
los peces de mi boca comienzan a provocar a los gatos
que se levantan en los escalones de mi esófago,
no tengo la intención de entregar mis mejores palabras al
público académico y conoedor,
y si lo hago, dirán mis heterónimos que gritan a distancia:
NOS EQUIVOCAMOS EN TODO.
Busco la libertad a cualquier costo,
si he de morir quiero que sea en total obstinación

quiero que el demonio reciba con su boca mi excremento,
exijo más verdades,
mi Padre decía que en la intimidad no hay mentiras,
quiero que un pez mecánico volador escape de mis fauces
llenas de felinos,
deseo debutar en la página 16 de un diario amarillista,
que mis compañeros no lloren mi muerte, mientras mi viuda
baila charlestón sobre mi tumba,
y que jamás un karma me traiga de una regresión al abismo,
espero que, en mi próxima vida, mis latidos siempre
retumben un estallido
y que el destino no se encuentre sometido al reinado
del Dios que habita en el extremo de un cirio
y que hoy ha decidido arrancarme la voz
con casquillos de plata.

Desde lo profundo del manglar
las iguanas preguntan por ti
los caracoles del estero también preguntan
el viento y sus gaviotas
tu canoa
tu atarraya
mamá me preguntó por ti
y yo tuve que hacer este recado
y ponerlo en el pico de la garza más blanca
a ver si en la blancura te encontraba
y lo amarré a la tristeza del pez más profundo
a ver en qué rincón del agua te encontraba
y se lo dije a la lluvia en su gota más secreta
y al salitre en su yodo más recóndito
y al más fino pliegue del vestido de mamá
padre
aún sigo esperando
alguna brisa tuya entre las ramas de los mangos
algún indicio de tu nombre en el polvo del patio
algo que nos diga cómo te va

Siempre es sábado
son cuatro y treinta de la tarde
con Sofía y Alejandra cabalgamos orgullosos
sobre el desierto que alguna vez nos trajo
y que nos llevará al desafío más grande.
Alguna vez escuché a un mago decir
que la noche estrellada es el canto
y que el canto necesita ser cantado
por una boca que imite a la magia.
Sobre la hoja blanca de lo que no se ha escrito,
la noche se expande tan honda
que nadie puede ya parar su tiempo.
Te he visto caminar en el frío húmedo de las calles,
prestas tu sombra a lo que está debajo.
Tu paraguas, viento y calle.
A lo lejos los vendedores corren,
mientras arrecia la lluvia.
El agua se esconde bajo tu vieja piel.
Los huesos son cal que cae cuando caminas, las sirenas
gimen
y en lo cóncavo de las arquitecturas terminan.
La ciudad es agua que retorna. Enorme fuente líquida.

Es sábado 29 de agosto

son las 18 y 40.

Y me pregunto:

¿qué pasaría si me llamaras?,

si hacia el final de cierto sueño,

suave y de pronto, apenas perceptiblemente,

como el sonido de un cristal al fracturarse,

me llamaras,

yo dejaría de nombrar las cosas

con las que intento diariamente no nombrarte

y escombraría el disimulo de estos años

hasta encontrar la última palabra que te dije.

No indagaría las razones.

Me bastaría con saber que aún existo

en algún punto medio entre mi olvido y tu memoria,

donde es palpable todavía lo invisible,

donde perduran quirománticas las líneas

de una palma cuya mano se ha cerrado ante mis ojos.

Si me llamaras, si tan sólo me llamaras,

no esperaría a confirmarlo: borraría,

yo borraría de inmediato cada una de las tantas otras voces

que me llaman

para dejar tu sola voz, tu voz llamándome,

llamándome,

tal como sé y sabes tú
que yo me llamo.

En memoria de Gladys Almeida Montaluisa "SARA"

Vuelves a mi campo
lleno de frailejones
de arrayán en flor
de musgo y de vicundos
esférico
de dudas
regresa a mí
Mujer del mar
Pachamamita
cuerpo de la tierra
llámese naturaleza
o conjunción
celeste
Vuelve a mi centro
del que nunca te has ido
Envuélveme en tu manto
sicogenético
y haz de tu presencia
un pulsar de amor iridiscente
para que habites
pintada con campanas,
voz antigua

causa esencial
de todas las causas
Te has ocultado
y hoy te busco
me encuentro en ti
en un multiverso de caminos
diosa, madre, hija
llena de hidrógeno mercurial
respiramos
llenos de ti
desde el inicio
Mira en mi compulsión de sal una lágrima
apunta sobre mi frente
la verdad
de que la física no es más que
una etapa
en la evolución
de tu metafísica materna
Por eso vuélvemos e inviértenos
conviértenos, absuélvenos
estrellita de oro
rosa de los vientos
canción de cuna
para los devastados
Danos el calor
en tu cobijo de estrellas

y en el vientre
de tu corazón
tan santo
sobre todas las cosas
y las calles
como expresión tangible
de lo intangible
Mira que
multitudes erráticas
andan
con pasos de neón
a golpes de metralla
Nada de eso te refleja
por eso escúchanos
Te has ocultado de los hombres
porque eres mujer
y eres madre
y amante
has sido negada desde el inicio
de los tiempos
mujer carnal
mujer ritual
mujer verbal
mujer grial
mujer silente
mujer torre

mujer escalera
mujer campana de cristal
mujer rosa de los vientos
mujer lustral
mujer hierbabuena
mujer río
mujer flor
mujer selva
mujer capulí
mujer frailejón
mujer cerro
Mujer paleolítica
enterrada
por el hambre
de los hombres
bajo el manto cósmico
Para buscarte
hay que disolverse
Para encontrarte
hay que reinstalar
Tu voz de agua
Tu mente filial de agua
Tu cantar
en la memoria de agua
en tu vientre de agua
de tus venas de agua

en la respiración de la tierra
que te nombra
que te canta
y te susurra
tu nombre antiguo
y verdadero
para decirte en todas tus letras
una conjunción de galaxias
codificadas
Para decirte
Mujer del Ser
para rezarte
en la multiplicación
en la reverberación
en la concatenación
de tu presencia
en la tierra
que te dice Pachamamita
y saber que
buscarte es reconocerse
Por eso escúchanos
Arrúllanos
Cántanos una canción de cuna ancestral que cicatrice
todas las heridas
Pachamama
Vuélvenos a tu agua manto

celestial

Metálica

Eva vitélica

Nuclear

Coagulada al alba

en el albedo místico

del despertar

de la conciencia magna

piedra solar

camino de la vida eterna

Si esta generosa piel que habito
Decide entregarse a sí misma al Sol
Si la Luna me pesa en los hombros
Y me dicta paso por paso cada error del pasado
Si esta noche es la única noche
No diré que estoy satisfecho
Estoy hambriento
Estoy lúcido
Estoy necesitado de cielos rojos
De mareas
De paradas de autobús sin destino
Estoy sediento
De beber del lago que da claridad
Que da respuestas
Que me diga que nos hace falta
Si le ofrezco mi vida al Sol a cambio de un abrazo y me deje
en cenizas
Que exprima de mi la vida
Si ese es el único camino para llegar a casa
Estoy listo para morir en llamas

No es de noche, no estamos en un parque, estamos en Santander de Quilichao y es agosto de 1987, es el comienzo o el final de una tormenta, es como un verso surdo que sabes de memoria, es tan dura la memoria, ella conserva una columna de mármol, un desierto rojo y nada alrededor, sólo piedras, arañas, alacranes, una multitud piadosa y un gato.

¿Me preguntaba por qué una multitud piadosa?, por qué un gato?, lo habré visto en un cuento, en un cuadro medieval, tal vez en un cortometraje de Torrens, yo oraba en lo alto, detenía la serpiente, si una nube rozaba mis orejas agradecía a dios, era su mano que me ordenaba leer, a mí nadie me enseñó a leer.

Entonces debes ser Ramón o Julio me dijo señalando mis sandalias, mi torpeza, mis ojos llenos de desierto...

En estos días de peste y de reencuentros
No encontré otra manera más que partir
No podía hacer nada más que dejar la piel en el suelo
Dejar que el alma siguiera su propio camino
No pude hacer más
Más que dejar mi corazón en mi mano herida por la guerra
Y permitir que sintiera fuera de mi pecho
Aún sigo siendo el niño que ama las flores
El que siente la primavera en el invierno
Aún sigo siendo ese al que el corazón se le quema por darle
sombra a otros
No había otra manera más que partir
Más que tomar las maletas y viajar ligero
Dejando aquello que me ponía nombre
No hubo otra manera
Más que poner en duda mis años y aceptar que el adiós era
parte de mi
Aceptar que siempre seré yo el que decide partir
El que toma el olvido de la mano y le pide que no lo espere
El que deja ciudades donde antes había persona
Soy yo el que ya no habita en otro lugar que no sea en mí
mismo

El mar me habita de sueños esplendorosos:
botes negros en una bahía azul,
velas blancas con algas y conchas.
Sobre el mástil, una gaviota blanca y negra en el mediodía
recién lavado por las olas.
He aquí el día con la edad del mar en los ojos:
ese vendaval espumoso apretado contra los dedos,
la arena en los pies
o las piedras filudas que hieren de lejos
como dioses armados de dardos invisibles.
Estoy en el fondo de esas cavernas marinas
donde duermen los lobos,
donde pastan los caballos marinos
y hay culebras que a uno le corren por el cuerpo
cuando se alargan las manos
buscando misteriosos tesoros de bandidos muertos.
He aquí el día en que maduran las palabras;
como si fueran cerezas maduras
las picotean los pájaros,
y las marejadas, como palos flotantes,
las estrellan contra los acantilados.
Se triza el vidrio de la juventud
cuando Dios camina sobre las aguas
y la niebla apenas deja entrever

la luz de un faro atormentado.

Aquí: marineros deformes, ahogados
por sus cuerpos de barro y pecado,
yacen en el fondo marino, entre algas, cangrejos,
durmiendo con una sonrisa pálida
que ilumina los huiros dorados de luz.

He aquí el día en cuyas caracolas
resuena el Pacífico; su rumor
me hierde como un profundo rasguño en la piel
en el que se grabará el tiempo para siempre...

En memoria de Carlos Pizarro Leongómez

Que no te importe
que la tarde tenga las horas contadas,
empiezas a fumar y la noche en Tacueyó se enciende
al tono de tus ojos,
de tu boca, de tu barba, salen mariposas de humo.
Estábamos rotos de la misma parte,
en el galope de un espíritu incompleto,
de un amor que se declara ante el triunfo
como pasajero,
tú y yo
estamos en la palabra que se desvanece
cuando el llanto inaugura el silencio.
Los demonios de los que huías ya no te persiguen,
porque eres el sol acuático
que arrebata el miedo.
Las trajineras son un símbolo de sangre
que fluye por los canales de tus venas
y alaban la línea de fuerza entre el cielo y el infierno.
El lío de nervios que conformaba tu sistema
se convirtió en hebras latentes
que fluyen con la lluvia
sin nada que los detenga para ser

lo que eres,
el sobreviviente,
el fuego de agua.

Este pueblo tiene la misma sombra junto al mar:
las estaciones toman tonalidades de puerto
por encima de los rostros de mujeres,
la ruta del mar ensordece los perfumes
de todos los muertos que son la misma piel.
Estoy en esta tierra donde los cantos se pierden
y entre ellos descubro mi camisa
teñida del rojo de los faros
sobre el edredón de la tarde y las gaviotas.
Todos los muertos son la misma piel en este pueblo,
cada uno de ellos cambia una moneda
por un poco de jabón contra lagañas
esperando abrir los ojos de sus morgues
y descubrir perros y gaviotas y gatos de puerto.
Recorro el muelle donde atracan cinturas
entro y salgo de los bares sonriendo a cerveza:
todos los muertos son la misma piel del horizonte,
los muertos sonríen en islas, peces y salvavidas.

ÓSCAR ESCOBAR CASTAÑEDA



Ecuador, 1969. Antropólogo de profesión, ha escrito desde muy temprana edad, ha publicado para varias revistas literarias en América Latina y Europa. Actualmente prepara su segundo libro de poesía, papá de Sofía y Alejandra, lector universal, amante de los gatos, el mar y las caracolas.

Índice

| | |
|----------------|----|
| Poema 1 | 3 |
| Poema 2 | 5 |
| Poema 3 | 6 |
| Poema 4 | 8 |
| Poema 5 | 10 |
| Poema 6 | 13 |
| Poema 7 | 15 |
| Poema 8 | 17 |
| Poema 9 | 19 |
| Poema 10 | 22 |
| Poema 11 | 23 |
| Poema 12 | 25 |
| Poema 13 | 27 |
| Poema 14 | 28 |
| Poema 15 | 29 |
| Poema 16 | 31 |
| Poema 17 | 33 |
| Poema 18 | 37 |
| Poema 19 | 40 |

| | |
|----------------|----|
| Poema 20 | 43 |
| Poema 21 | 46 |
| Poema 22 | 52 |
| Poema 23 | 53 |
| Poema 24 | 55 |
| Poema 25 | 57 |
| Poema 26 | 58 |
| Poema 27 | 60 |
| Poema 28 | 61 |
| Poema 29 | 70 |
| Poema 30 | 72 |
| Poema 31 | 74 |
| Poema 32 | 75 |
| Poema 33 | 76 |
| Poema 34 | 78 |
| Poema 35 | 80 |
| Poema 36 | 81 |
| Poema 37 | 83 |
| Poema 38 | 84 |
| Poema 39 | 85 |

| | |
|------------------------------|-----|
| Poema 40 | 86 |
| Poema 41 | 89 |
| Poema 42 | 90 |
| Poema 43 | 91 |
| Poema 44 | 93 |
| Poema 45 | 99 |
| Poema 46 | 100 |
| Poema 47 | 101 |
| Poema 48 | 102 |
| Poema 49 | 104 |
| Poema 50 | 106 |
| Óscar Escobar Castañeda..... | 107 |



Título: Mañana estas calles tendrán otros nombres.
Autor: Óscar Escobar Castañeda.

Edición digital Hoja en Blanco: agosto, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY—NC—ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

